

sultados que la persecución enconosa que la Iglesia de Francia hizo a la filosofía. El deísmo no generó en ateísmo: desapareció ó se transformó.

¿Es eso decir que los adversarios del deísmo hayan triunfado? Para decidir de qué parte estuvo la victoria, hay antes que ver los principios que los apologistas del cristianismo opusieron á los deístas. Aquellos apologistas eran cristianos, pero reformados; y la Reforma no tiene confesión fija é inmutable como el catolicismo. En vano trató la Reforma de darse esa funesta inmutabilidad formulando sus dogmas; ya hemos dicho que el clero anglicano, en medio de firmar los treinta y nueve artículos, no creía en ellos. Aparte del anglicanismo oficial se agitaban una multitud de sectas, cada una de las cuales tenía diferente idea del cristianismo. Locke era sinceramente cristiano, aunque reduciendo el principio de la fe á la creencia en Jesús, Mesías ó profeta. Y Clarke, uno de los defensores de la religión cristiana, era antitrinitario y estaba muy próximo á negar la divinidad de Jesucristo. Los católicos no comprendían esa variedad infinita de creencias llamándose todas cristianas: según ellos, no hay más que un cristianismo, el de Roma, y los pretendidos cristianos que están fuera de su iglesia valen poco más que los infieles y los libres pensadores. Oigamos á un historiador de la Iglesia católica: "Clarke y Locke, dice el abate Rohrbacher, eran tan cristianos como Mahoma y el Gran Turco. Locke se limita, como Mahoma, á decir que Jesús es el Mesías; y aun es más explícito en este punto Mahoma que Locke," (1). Este juicio acusa una estrechez excesiva, pero también encierra un instinto de la verdad. Bossuet no hacía mal en decir que el protestantismo era un primer paso fuera del cristianismo, y que los reformados irían fatalmente á parar al socinianismo, ó sea al racionalismo. En ese concepto, los deístas y sus adversarios los protestantes eran muy próximos parientes; y no había entre ellos más que una diferencia de grado, puesto que se hallaban en la misma línea; sólo que los unos formaban la vanguardia y marchaban audazmente, mientras que los otros iban con lentitud y como á su pesar; pero es indudable que avanzaban continuamente y que debían acabar por unirse á los primeros.

(1) ROHRBACHER, *Histoire de l'Église catholique*, t. XXVI, página 441.

Hemos dicho que los deístas pasan con razón por ser los discípulos de Locke, en el concepto de que aspiraban como éste á un *cristianismo razonable*, á una religión que pudiera aceptar también la razón, para lo cual no había más que un medio, el de transformar el cristianismo histórico, interpretándolo libremente con las luces de la ciencia y de la conciencia moderna. Pero ya puestos en ese camino se va muy lejos, y los deístas rechazaron todo lo *misterioso* que hay en el cristianismo en incompatible con la razón. Y ¿qué quedaba entonces del cristianismo tradicional? Nada, porque lo que le caracteriza es lo sobrenatural, el elemento milagroso. Para salvar la revelación cristiana, imaginó Leibnitz la distinción entre lo que es contrario á la razón y lo que sólo es superior á la razón. Un pastor protestante, siguiendo esa misma senda, sostuvo contra Toland que el cristianismo era superior á la razón, si se consideraba ésta en el estado de pureza y perfección que tenía antes del pecado original; pero que tal como se encuentra, empuñada y degradada después del pecado, el cristianismo era contrario á la razón (1). Esto, por lo menos, es claro y sin ambages. La razón, antes de la caída, es una cosa imaginaria, y como quiera que sea, hemos perdido ese don imaginario por efecto del pecado original, que es como si nunca le hubiéramos gozado. Y mirada tal como es nuestra razón, hay que decir con el pastor presbiteriano que el cristianismo la repugna. ¡Oh imprudentes apologistas! Preciso es que sean bien ciegos ó que su causa sea bien mala cuando así la comprometen con su celo. Á ese digno ministro de la Iglesia podía responder la razón: "Amigo mío, no sois lógico. Si tan adicto sois á una religión que es contraria á la razón, apresuraos á volver al seno de la Iglesia romana; allí encontraréis el ideal del género; allí tendréis el gusto de creer los dogmas de la transubstanciación y muchos otros, no aunque sean absurdos, sino porque son absurdos. Si queréis, por el contrario, permanecer en el seno de la Reforma, tenéis que dejar un sitio á la razón, por pequeño que sea, y tenéis que esperar que la razón le vaya haciendo más grande cada vez, hasta que el cristianismo llegue á ser una religión racional; entonces daréis la mano á los deístas."

Éstos opusieron á la religión del absurdo la re-

(1) *The life and writings of Toland*, p. 15.

ligión de la naturaleza, dándole el nombre de cristianismo: la lucha era, pues, entre una religión revelada milagrosamente y la religión revelada por la razón, la religión natural. ¿Qué pensaban de ésta los apologistas cristianos? Para los más ortodoxos era la abominación de la desolación; un celoso anglicano respondió á Tindal que la religión natural era la religión de los caballos (1). Lástima es que ese celoso ministro de Dios tuviese la modestia de ocultar su nombre, porque bien merecía pasar á la posteridad y hasta llegar á ser un príncipe de la Iglesia admirado como Tertuliano, que es á su vez el admirador del absurdo. Pero todos los ortodoxos no tenían esa firmeza de fe y esa elevación de miras: los había que se contentaban con decir que la religión natural era una quimera. Y la palabra llegó á ser de moda. Verdad es que la religión natural no ha tenido por revelador á un Dios hecho hombre; pero ese Dios hombre, ¿no podría ser también una quimera? Así lo dicen las tres cuartas partes del género humano, mientras que al Dios autor de la religión natural no se le califica de quimérico. También es verdad que la religión natural no tiene libros dictados por el Espíritu Santo; pero hay tantos de esos libros sagrados en las diversas religiones, que evidentemente no todos son obra del Espíritu Santo. Y si hay algunos falsos, ¿no lo podrían ser todos? Esto es todavía peor que una quimera, mientras que la religión natural está escrita por la mano de Dios en la conciencia del hombre, que sólo los locos se atreverían á negar. Por último, es cierto que la religión natural no tiene templos, ni ministros, ni papa; pero ¿acaso no son una quimera los ungidos del Señor? ¿No fundan su poder en títulos quiméricos ó, mejor dicho, fabricados? La religión natural no ha invocado nunca la mentira: sus templos son la creación; sus ministros son todos los hombres que llegan á emancipar su razón de las cadenas del error. Y en cuanto á los dogmas de las dos religiones, ¿qué podemos decir? Si se quieren quimeras, acúdase á la teología cristiana, donde todo es quimérico y muchas veces llega hasta la simpleza.

Oigamos ahora á adversarios un poco más sentados, los cuales no se apartan de reconocer la existencia de una religión natural, pero pretenden

(1) LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 361.

que es la revelación cristiana la que ha dado á conocer sus dogmas. "¿Qué era la religión natural, dicen, antes de la venida del Cristo? Los filósofos no estaban de acuerdo en nada ni acerca de Dios, ni acerca del alma, ni acerca del destino del hombre. Se decanta su moral: pero ¿no es sabido que la tomaron del mosaísmo?" (1). Los Padres de la Iglesia decían más: acusaban á los filósofos de haber robado su doctrina á Moisés. Pero importa poco que sea robo ó sea préstamo; el cargo se ha vuelto contra los que le hacían, porque supone que hay identidad entre la ciencia de los filósofos y la verdad revelada; y como el préstamo ó el robo son una fábula inventada para poner á cubierto la revelación, resulta cierto que los filósofos, con sólo las luces de su razón, han descubierto las verdades esenciales de la religión y de la moral. Y ¿qué significan sus contradicciones? ¿Acaso los teólogos cristianos se entienden acerca de Dios y del alma? ¡Singular concierto! Los unos admiten un Dios en tres personas, los otros niegan la Trinidad; éstos, y entre aquéllos los Padres de la Iglesia, enseñan que el alma es corporal; los demás dicen que es esencialmente espiritual. Y no es mayor la armonía que reina acerca del destino del hombre: unos necesitan del infierno para satisfacer su caridad, otros añaden el purgatorio, y los hay que rechazan el purgatorio y el infierno como invención digna de un verdugo. Y ¡se acusa á los filósofos de no estar de acuerdo entre sí! Para saber la verdad acerca de la relación que hay entre el cristianismo y la religión natural es preciso retorcer la tesis de los ortodoxos, diciendo que es á la religión natural á la que el cristianismo ha tomado lo que hay en él de verdadero. Todo lo que es peculiar suyo, como los misterios y los sacramentos, son errores y supersticiones.

Los deístas encontraron otros adversarios que formaban el mayor número; éstos tenían demasiado buen sentido para negar la existencia de la religión natural y sobrada ciencia para sostener que los filósofos hubiesen sacado su doctrina de la Biblia; su argumento se reducía á la insuficiencia de la religión natural, y fué por eso por lo que Dios mismo reveló la verdad á los hombres. Esta defensa del cristianismo ha venido á ser un tema favorito para los ortodoxos. Pero si se les pregunta

(1) LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 362.

por qué es insuficiente la religión natural, ya no están de acuerdo. La mayor parte responden que es porque hay verdades que el hombre no puede encontrar con las solas fuerzas de su razón, toda vez que son superiores á ella: tales son los misterios que constituyen la esencia de la religión, y que por eso la religión natural no ha sido nunca ni será más que una religión quimérica. Los deístas habían respondido de antemano á ese argumento haciendo la crítica de los misterios. ¿Qué necesidad puede tener el hombre de misterios que no comprende? Y ¿cómo pueden perfeccionar su inteligencia ó su alma dogmas que nada le dicen? Y si no contribuyen á su salvación en el verdadero sentido de esta palabra, ¿qué tienen de común con la religión?

No nos entendéis, dice un rector de un colegio de Oxford, sin disputa el más inteligente entre los adversarios del deísmo; si la religión natural es insuficiente, es porque carece de sanción, toda vez que la sanción religiosa consiste únicamente en la recompensa ó el castigo de la otra vida (1). Hay que admirar ó deplorar la ceguedad de los apologistas cristianos. Lo que ellos reprochan á la religión natural es precisamente lo que hace su gloria; y lo que consideran como el fundamento más sólido de su fe es lo que prepara su ruina. Sí, es muy cierto que la religión natural no conoce el infierno; y hace más: prueba que no podría haber penas eternas é infinitas para castigar culpas cometidas por un ser finito, á menos de no hacer de Dios un tirano incomprensible, y es cabalmente por haber imaginado esa horrible sanción por lo que los hombres no quieren ya creer en la religión revelada. Si la Iglesia ha dominado por medio de los terrores del infierno, también es á causa de esa creencia impia por lo que perecerá.

Los apologistas del cristianismo estaban muy lejos de sospechar que su argumento se volvería contra ellos; se imaginaban, al contrario, que era el temor de las penas eternas el que apartaba los incrédulos de la religión, porque para ellos incredulidad y licencia de costumbres eran sinónimos. Oigamos á los ministros de la Iglesia que obtuvieron los premios establecidos por el caballero Boyle: "Perfectamente licenciosos en sus escritos y en

sus costumbres, claramente se ve que los incrédulos no sostienen su doctrina sino porque favorece el vicio; de suerte que es únicamente la *corrupción* la que hace inclinar la balanza," (1).—"Los vicios, dice otro, llevan fácilmente al desprecio del cristianismo, y los infieles, dominados por las pasiones que la religión condena, buscan su reposo en una brutal indiferencia," (2). En verdad que esos señores no merecían el premio, y que el caballero Boyle pudo emplear mucho mejor su fortuna. No bastaba suponer que los incrédulos eran los más corrompidos; para que obrasen como se supone, se necesitaba además que no tuviesen sentido común. ¿Quién no sabe que con el infierno hay acomodamientos lo mismo que con el cielo? En el tiempo en que Boyle daba sus bienes con la esperanza de atraer los impíos á la fe, había un rey muy piadoso que, por lo tanto, no podía menos de aspirar á salvarse, y que, sin embargo, vivía encenagado en los placeres. Si Luis XIV podía salvarse teniendo á la vez tres reinas, semejanza del sabio Salomón, los hombres de pasiones brutales hacían seguramente muy mal cálculo entregándose á la incredulidad, porque siempre corrían un riesgo, el del infierno, mientras que, permaneciendo en el seno de la Iglesia, podían entregarse á toda clase de vicios y dormir á pierna suelta, puesto que aquella buena y santa madre estaba encargada de procurar su salvación.

Hablemos seriamente: los predicadores boylianos combatían la incredulidad con un celo puro, pero no conocían las personas con quienes se las habían: los deístas ingleses no eran incrédulos. ¿Por ventura al que cree con lord Herbert que hay un Dios, una Providencia, una justicia divina, es incrédulo é impío? ¿Por ventura no son esas las creencias fundamentales del cristianismo? ¿Qué más creen los ortodoxos? Que hay un Dios-hombre, que hay una Trinidad, que hay una predestinación, que hay penas eternas, que hay un pecado original en virtud del cual todo hombre merece el infierno, que hay misterios y sacramentos y que la criatura puede comer á su Creador. Estas cosas no las creían los deístas, es mucha verdad; pero ¿eran por eso

(1) TURNER, *la Sagesse de Dieu, dans la rédemption de l'homme* (Recueil boylien, t. III, p. 430).

(2) El doctor HENRY, *Obligation de croire la religion* (Recueil boylien, t. III, p. 434).

(1) CONYBEARE, véase LEHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 361.

incrédulos? Entonces hay que decir que la inmensa mayoría, no digamos de los hombres, sino de los cristianos, y no ya de los reformados, sino de los católicos, son incrédulos. No hay ya más que los niños y las mujeres, no hay ya más que las clases más ignorantes de la sociedad que haya conservado su fe en todo eso. La humanidad ha llegado á punto de que todos aquellos cuya razón tiene conciencia de sí misma no crean ya nada de cuanto en el cristianismo hay de milagroso y de sobrenatural. En ese sentido, la incredulidad es general.

Y en este estado de cosas, ¿qué papel deben desempeñar los que aman la religión? ¿Se harán los defensores á todo trance de creencias que rechaza el espíritu humano? ¿Clamarán contra la incredulidad? ¿Se irritarán contra aquellos que abandonan el cristianismo oficial, suponiéndoles poseídos de malas pasiones? Esto es lo que hacían los adversarios de los deístas, demostrando con ello que no conocían las verdaderas causas de la incredulidad. Que en los siglos últimos ha habido y que en el día mismo hay hombres fútiles en los cuales el libertinaje de las costumbres produce la depravación del entendimiento, no lo negaremos; pero seguramente entre esos libertinos no se querrá incluir á un Locke, á un Shaftesbury ni á un Woolston. Hé aquí incrédulos de un nuevo género: verdaderos creyentes, salvo que no participan de la fe de la Iglesia. Y su número va creciendo todos los días. En vano se les predicará, como se hacía en el siglo XVII y en el XVIII, que la corrupción es la causa de su incredulidad, porque eso no es cierto. Y en vano se les llamará también al seno de la Iglesia; porque, si no creen, no es porque no quieren creer, es porque ya no pueden. Esos incrédulos, á diferencia de los libertinos, no se convertirán jamás. ¿Es eso decir que la religión perecerá si esa incredulidad continúa extendiéndose, y que es necesario contenerla á todo trance?

Eso es lo que hoy dicen los defensores de la Iglesia. Pero que lo miren bien: por de pronto su tentativa de resucitar la antigua religión no puede tener éxito, porque es el mayor de los imposibles y entraña una contradicción flagrante. Si los incrédulos de que hablamos la abandonan, ¿no es por causa de los misterios y de lo sobrenatural, que constituyen la esencia de la Iglesia católica? ¿Y se querría cegar la fuente de la incredulidad hacien-

do que los hombres crean en lo sobrenatural y en los misterios! En nuestros días se ha hecho la experiencia: la Iglesia católica ha forjado un nuevo misterio; y ¿qué es lo que ha ganado? Si la inmaculada Concepción ha hecho más espesas las tinieblas de la superstición en las clases en que domina la ignorancia, también ha alejado del cristianismo muchos hombres á quienes su educación y sus relaciones los afiliaban á él. Aprovechese la Iglesia de esta lección; y si persiste en ser ciega, aprovechense de la enseñanza aquellos hombres que están convencidos de que la humanidad no puede vivir sin religión. La cuestión que se ventila entre los incrédulos y los ortodoxos es la de saber si aún ha de haber religión, ó si hay que decir, con los materialistas, que la religión es un perdurable extravío del espíritu humano. Esta cuestión nos lleva otra vez á los deístas, y nuestra respuesta es la de que el deísmo es el único medio de salvar la religión.

¿Dónde hay en el día más fe, en los países católicos ó en los países protestantes? La fe se conserva entre los reformados y se conserva en todas las clases sociales. Y ¿cuál es la razón? Es que la fe se ha transformado. Y ¿cómo, y por quién, y debido á qué se ha verificado esa transformación? Por el lento trabajo de la razón, es decir, por efecto del movimiento que se llama deísmo; porque el cristianismo se ha hecho *razonable*, como quería Locke, por eso hay todavía cristianos. Se dice que ya no hay deístas. Nosotros sostenemos que hay más que nunca, sólo que se llaman reformados: todas las sectas protestantes están en esas vías. Pero el destino de la religión es bien diferente en los países católicos: en ellos se sigue creyendo que no hay más que un medio de tener religión, el de creer en lo increíble y practicar mil supersticiones que encadenan la razón humana á los pies de un sacerdocio ambicioso. Y todo hombre que quiere conservar la independencia de su razón deja de ser católico, dejan de serlo todos los que se niegan á someterse á la degradante dominación del sacerdote. Pero al dejar de ser católicos, ¿qué se hacen? La mayor parte pasan de los excesos de la credulidad á los excesos de la impiedad. Para ellos no hay más que un medio de salud, el deísmo, la religión natural. Bendigamos á los deístas, acusados de ser enemigos de la religión: ellos son sus salvadores.